

ñol no es necesario el verbo nada más que delante del primer adjetivo. La autora usa aquí insistentemente el verbo ESTAR para dar al lector la sensación de una mujer cuyas cualidades, físicas y morales, eran tan acentuadas, tan sobresalientes y llamativas, que más que servir como ejemplo para emularlas o admirarlas, deprimían.)—"Platero es pequeño, peludo, suave". Juan Ramón Jiménez.

2.º Se usa SER delante de un nombre que indique *persona, animal o cosa*; o bien, *profesión, nacionalidad o naturaleza, religión, estado civil*. Podríamos concluir diciendo que SER se usa para hacer la descripción social de un individuo. De un hombre decimos que "es ingeniero, es español, es aragonés, es católico, y es casado".

La *profesión* puede llevar el verbo ESTAR seguido de la preposición *de* ("estar de: profesión"), cuando se desea indicar que la ocupación es transitoria, o que el cambio se ha verificado hace poco tiempo ("Hasta ayer fui dependiente de comercio, pero ahora estoy de mozo de almacén"). "Su padre, doctor en Ciencias, estaba de Auxiliar en el Instituto del Cardenal Cisneros y daba lecciones en un colegio". Baroja. "Silvestre Parados".

Se dice siempre "estar casado" cuando sigue el nombre del cónyuge ("Sí, estoy casado con Pepita"), o una cualidad específica del cónyuge ("Está casado con una señora extranjera" o "con un médico", "un sabio", "un tonto", etc., etc.). En cualquier otro caso se puede usar indistintamente con "SER" o con "ESTAR" ("Soy casado" o "Estoy casado"), aunque en este último caso hay un matiz de insistencia y atención al momento en que se habla o de que se habla.

3.º Se usa SER delante de las preposiciones DE y PARA y entonces expresan *Materia* ("El tenedor es de plata"); *Procedencia* ("Son naranjas de Valencia"); *Propiedad* ("Aquella finca es de mi tío"); *Finalidad o Destino* ("Es para Vd.", "Los bombones que he comprado son para los niños").

4.º Se emplea para indicar la hora y el tiempo: "Es la una"; "Son las cinco"; "Es de día, de noche o de madrugada"; "Es tarde"; "Es temprano". En

expresiones, ya estereotipadas, de origen muy antiguo, subsiste el verbo SER; las que se conservan son "érase una vez" y "érase que se era", que sirven como comienzo evocador en narraciones infantiles.

Por último queda por añadir que los verbos SER y ESTAR acompañan a algunos adjetivos que tienen diferente significado según el verbo que vaya riendiéndoles.

Ser bueno (carácter) ...	Estar bueno (salud).
Ser malo (carácter)	Estar malo (salud).
Ser listo (inteligente) ...	Estar listo (preparado). Irónicamente: en situación difícil).
Ser fresco (cínico. Con carne, huevos y legumbres: maduro o en buen estado)	Estar fresco (frío, en un momento determinado o cuando se comprueba sensorialmente. Con ironía: en situación difícil).
Ser vivo (listo)	Estar vivo (gozar de vida).
Ser rico (acaudalado) ...	Estar rico (sabroso).

"Ser rico" aplicado a niños significa también "mono, gracioso, bonito". "¡Qué niño más rico".

Muchos adjetivos, la mayoría, acompañados de SER, indican estado permanente y característico ("Está pálido" (su color natural) y con ESTAR expresan un estado transitorio ("Está pálido" (por la emoción)). Sin embargo, muchas veces el verbo ESTAR no expresa una idea de transitoriedad, sino que, como hemos dicho antes, se trata sencillamente del resultado de una comprobación sensorial. ("¡Qué guapa estás hoy!" no es una frase que pueda molestar a una linda muchacha, no se ha querido poner en duda que "sea" siempre guapa, sino que es el resultado de una impresión comprobada por la vista del admirador, el cual recoge solamente la sensación de belleza que acaba de conmovierle.)

ELENA CATENA DE VINDEL

El ambliope y su educación

PROPÓSITO.

Asisten con frecuencia a las escuelas ordinarias un cierto número de educandos que, por sus personales deficiencias sensoriales, resultan incapaces de seguir la marcha normal de la vida escolar. Tales educandos, carentes, por desgracia, de las facultades necesarias para seguir a los normalmente dotados, quedan en la escuela, como en la vida social, rezagados y a veces tendidos al borde del camino condenados a una vida de miseria material y espiritual que unas veces les extravía por las rutas del vicio y otras los encamina a una muerte moral y tal vez física si una mano caritativa, cual la del Maestro, no los levanta, alienta y fortalece.

Entre estos muchachos, que en número mayor o

menor asisten como recurso a una escuela ordinaria o no asisten a ninguna, se encuentran los "ambliopes", grandes deficientes de la vista que en muchos casos son pacientes de un proceso degenerativo de la potencialidad visual sin lesión aparente, que los conduce en plazo relativamente corto a la ceguera o a sus cercanías. De la educación de estos deficientes queremos ocuparnos aquí, reclamando la atención de los educadores, al par que su colaboración, para que este problema pedagógico, profundamente humano, encuentre su solución por los cauces de una acertada Pedagogía.

EL AMBLIOPE.

De entre los grandes deficientes de la vista cuyo conocimiento tiene interés pedagógico y social, únicamente el ciego ha sido hasta fecha muy reciente,

diferenciado del vidente normal, quedando de este modo dividida la población escolar en "ciegos" y en "videntes", como si la función visual, tomada en su aspecto meramente cualitativo, tuviera suficiente fundamento para una clasificación que permitiera encajar en sólo estos dos grupos a todos los niños que tienen necesidad de ser educados. Pero la realidad nos muestra que, entre los sujetos que poseen una visión normal y los ciegos, hay una multitud de deficientes de la vista que no pueden encajarse en tales grupos ni en orden a la vida social ni a la escolar, donde lo más importante es, sin duda alguna, el valor cuantitativo de la capacidad visual. Tales sujetos, cuya existencia no puede ignorarse porque de hecho existen, con una existencia real bastante más numerosa que la de los mismos ciegos, son todos los grandes deficientes de la vista en cualquiera de sus formas sin llegar a la ceguera.

Clinica y patológicamente considerados, estos grandes deficientes ópticos pueden clasificarse en dos grupos: el primero es el de los ambliopes propiamente dichos, pacientes de una degeneración progresiva de la potencialidad visual que comenzando en una visión normal, puede conducirlos a la ceguera o a sus cercanías en el plazo de muy pocos años. No es muy frecuente, por fortuna, esta deficiencia, pero sí más de lo que ordinariamente se cree.

El segundo grupo es el de los tradicionalmente conocidos por "semiciegos", grandes deficientes también de la vista por multitud de causas, desde las meramente constitucionales hasta las traumáticas, y que engloba a todos aquellos sujetos que, después de corregido su defecto óptico por medios artificiales (cirugía, lentes, etc.), no llegan a alcanzar el grado de visión suficiente para seguir sin dificultades la marcha de una escuela ordinaria de videntes ni para desempeñar debidamente las profesiones que exigen el empleo ordinario de la vista. Este segundo grupo, más numeroso que el primero, se diferencia de éste en que mientras el ambliope propiamente dicho es un condenado a la ceguera en plazo relativamente breve, el semiciego puede permanecer estacionado toda su vida o sufrir, cuando más, una muy lenta disminución de su ya disminuída capacidad visual.

No obstante esta diferenciación etiológica y clínica, el tratamiento pedagógico es muy semejante para los sujetos de ambos grupos, por lo que no hay inconveniente en adoptar para ambos, dentro del campo educativo, la denominación común de "ambliopes" cuya etimología, (de *Amblyos* = débil, y *ops* = ojo) conviene a todos, alcanzando, en general, desde los que tienen agudeza visual tal que después de corregida en lo posible su deficiencia por medios artificiales no alcanza a 1/5 de la normal, hasta los que descienden a 1/10, en que ya comienza la ceguera propiamente dicha, si bien estos límites varían de un país a otro.

ESTADO ACTUAL DE ESTA EDUCACIÓN.

Aunque no existe en España una estadística completa de los ambliopes, ni de su distribución proporcionada por las diferentes regiones españolas, por una encuesta realizada recientemente por nosotros

hemos podido saber que tales niños existen en la proporción del 4 a .5 por 1.000 de la población escolar, resultando que por esta causa hay en nuestro país no menos de veinticinco mil niños que se educan mal o no se educan, no obstante ser perfectamente educables y recuperables para la vida social.

Esta realidad tiene por fuerza que preocuparnos a los educadores y a los sociólogos, aunque en esta cifra no incluyamos más que a los grandes deficientes; pero es que sobre esta cifra existe otra no menos importante, ya que de todo Maestro es conocida la existencia en las escuelas de niños que, sin presentar tal gravedad, carecen de la agudeza visual necesaria para realizar una gran cantidad de trabajos, pues apenas esta agudeza visual desciende a 1/2 de lo normal comienza ya a ser un problema pedagógico e higiénico que es necesario atender con gran cuidado, incluso por su trascendencia a la vida profesional del deficiente.

Con todo esto resulta que la abundancia de los deficientes ópticos que requieren cuidados pedagógicos especiales es en nuestra patria bastante mayor que lo que ordinariamente se cree, especialmente en los pueblos rurales donde la carencia de los cuidados higiénicos y de una profilaxis adecuada dificultan el corregir a tiempo cualquier deficiencia incipiente, la cual se acentúa por la falta de cuidados, bien porque son muy abundantes los niños que no se quejan de dificultades en la visión (como no se quejan de otras dificultades) o porque pasan desapercibidos o desatendidos por los propios adultos cuya vida dista mucho de ser lo higiénica y cuidada que la vista requiere, con todo lo cual resulta que, a la cifra antes mencionada se puede agregar otra, acaso mayor, que, aunque no presenta la gravedad de los anteriores, no deja por esto de constituir un problema pedagógico cuya solución requiere formas especiales.

NECESIDAD DE UNA PEDAGOGÍA TERAPÉUTICA.

Es característica de estas deficiencias ópticas su agravación cuando el sujeto hace uso de su vista sin ciertas precauciones, las cuales, si para los normalmente dotados son indispensables, lo son mucho más para quienes ya padecen cualquier defecto. El desequilibrio de los músculos ciliares, los esfuerzos de acomodación óptica, el exceso de luz en ciertos casos o el defecto en otros son, entre otras, causas de fatiga ocular, de irritaciones orgánicas, de descompensaciones y de otras alteraciones que agravan el padecimiento, por lo que el ambliope debe estar sometido a unos cuidados higiénicos en el empleo de su vista para protegerle en todo momento, tanto con miras a su conservación como para procurar detener el proceso degenerativo que padezca el sujeto y obtener, en consecuencia, una posible recuperación visual.

De aquí resulta que los ambliopes, por razón de su propia deficiencia sensorial, no sólo necesitan de formas especiales de educación, sino que ésta ha de tener también una dirección profiláctica y terapéutica fundamental que se reduce, en general, a evitar todo esfuerzo con la vista y a situarle en condiciones favorables para una visión fácil y en todos sentidos higiénica a fin de conservar los restos de visión que

el educando tenga y evitar la agravación de su deficiencia.

Desde que se inició en el mundo la educación de los ciegos hace algo más de siglo y medio se comenzó a atender a los grandes deficientes ópticos sin ser ciegos, aunque siempre en número muy reducido. Es más, actualmente en gran número de países se engloba en la denominación general de ciegos a muchos semiciegos, comenzando la consideración de la ceguera a partir de un límite muy superior al que se ha tomado en España. Estos deficientes han venido siendo atendidos como ciegos en los mismos centros de educación de ciegos, guardando para sí las ventajas de visión que cada uno tuviera, pero sin tenerla para nada en cuenta en su educación hasta que hace no más de treinta años se ha creído conveniente educarlos separados de los ciegos utilizando racionalmente los restos de visión que estos sujetos poseen y empleando, además de una pedagogía especial de orden meramente educativo e instructivo, la terapéutica que hemos expuesto.

No obstante, siendo para muchos de ellos fatal el futuro de ceguera que les aguarda, se ha tenido por conveniente el educar a todos los amblopes bajo esta consideración; es decir, que si bien es lógico que se les eduque como videntes, ya que poseen grandes restos de visión que emplean en todos los momentos de su vida, hay que prepararlos también para una probable vida de tinieblas en la que habrán de servirse preferentemente del tacto y del oído, y con todo, cuidando de administrar bien los restos de visión que poseen procurando su conservación. Esta ha sido la razón que ha llevado en la actualidad a todos los países a la creación de escuelas especiales para los amblopes y de las que en el año 1935 se instalaron ya tres en el Colegio Nacional de Ciegos de Madrid, las cuales habrían de ser el germen de esta enseñanza en nuestra Patria, actualmente en trance de solución.

EDUCABILIDAD DEL AMBLOPE.

Es verdaderamente maravilloso el que restos de visión, a veces muy pobres, basten para dar a estos sujetos una capacidad de acción, de libertad de movimientos y de percepción óptica que poniendo en gran actividad sus facultades físicas y síquicas les predispone de modo notable para recibir una alta educación física, intelectual, moral y profesional.

Cuando el amblope llega por vez primera a la escuela trae ya un gran bagaje de conocimientos empíricos del mundo, los cuales constituyen una sólida y amplia base para la educación y para la instrucción que en la escuela han de recibir. Al mismo tiempo, la capacidad de imitación, de la que la vista tiene un alto exponente, ha determinado ya en estos niños una libertad de movimientos, una postura física, una gesticulación y una armonía de movimientos que en poco o nada se diferencian de los videntes normales. Además, por tener sus percepciones la componente óptica ha determinado en la conciencia del sujeto imágenes de tal modo semejantes a la que tiene el vidente normal, que el intercambio mental entre ambos se encuentra notablemente facilitado.

Por esto, fundamentalmente, puede decirse que el

amblope, cuando su deficiencia óptica no se acompaña de trastornos cerebrales, puede poseer una capacidad síquica suficiente para recibir una educación intelectual y una instrucción en alto grado, comparable a la del vidente normal, estando en ventaja sobre el ciego no sólo por la positiva utilidad que su vista directamente empleada puede prestarle en todas las actividades, tanto escolares como extraescolares, sino porque además le permite recibir una instrucción de carácter profesional bastante amplia y perfecta, ya que la mayor soltura en el movimiento y las posibilidades de protección óptica le abre extensos horizontes profesionales.

CONSIDERACIÓN SOCIAL DEL AMBLOPE.

Si en el orden intelectual el amblope ofrece grandes posibilidades de educación y de instrucción, incluso para el seguimiento de estudios universitarios, no puede negarse que esto no llega a conseguirse sin formas pedagógicas especiales, ni tampoco que su introducción en la vida social deja de ofrecer grandes dificultades que es necesario vencer. La causa de todo esto es la realidad evidente, el hecho cierto de que la capacidad visual de estos sujetos se encuentra disminuida hasta muy por bajo de lo que exigen de ordinario la generalidad de las actividades humanas, por lo que esta deficiencia dificulta y limita evidentemente tanto la capacidad adquisitiva de los conocimientos del mundo exterior en los que predominan sobre todos ellos las percepciones ópticas, como la libertad de movimiento y, en consecuencia, las relaciones con el cosmos. Es más, existe la realidad evidente también de las alteraciones caracterológicas y afectivas que la deficiencia óptica, como otras deficiencias físicas, determina en quien, por ser inteligente, tiene plena conciencia de su incapacidad y por ella de su inferioridad junto a las personas normalmente dotada.

Estas limitaciones y alteraciones constituyen, en sí, las verdaderas dificultades con las que tropezamos en la educación de estos sujetos, tanto desde el punto de vista meramente instructivo como desde el de su integración en la vida social, constituyendo, en sí el carácter diferencial de su pedagogía. Tanto o más que la de los mismos ciegos, la pedagogía del amblope ofrece caracteres singulares, de modo que si bien es cierto que el amblope ofrece posibilidades educativas superiores a las que ofrece el ciego, no se obtendrán ventajas sino a condición de educarle muy cuidadosamente. Sólo así, la suerte del amblope no se diferencia gran cosa de la del totalmente ciego, ni en lo individual ni sobre todo en lo social, y no se olvide que la educación del individuo no es sino una preparación para su integración en la vida social, en la que ha de cumplir su destino terrenal. Por esto, la educación del amblope hay que cuidarla manteniendo la atención puesta en esta integración social, al par que se considera la verdadera realidad del educando, sin pesimismo gratuitos, pero también sin optimismos engañosos. De no hacerlo así, la suerte del amblope puede ser acaso peor que la del ciego, pues al no ser ni ciego ni vidente no tiene cabida en ninguno de los dos grandes apartados en los que la sociedad tiene encasillados a los hombres en orden a esta considera-

ción, pudiendo pasar su existencia desapercibida, que es tanto como una declaración de nulidad o inexistencia con un consecuente abandono social en todos los órdenes.

El hecho es evidente y sobradamente conocido, y la prueba es que mientras los ciegos y los videntes están atendidos en su educación incluso desde hace más de un siglo, las atenciones educativas van llegando muy perezosamente a los ambliopes, sin que haya alcanzado en ningún país el grado de atención que ha alcanzado la de los ciegos. Incluso en algunos, como en el nuestro, apenas se ha comenzado.

La razón de este hecho real y evidente parece estar en la afectividad colectiva y la impresionabilidad multitudinaria, ya que mientras el ciego impresiona fuertemente al hombre vulgar, el ambliope le deja indiferente cuando no despierta en él un sentimiento de subestimación que está muy lejos de poseer tintes caritativos. Nada hay, en efecto, que impresione más al hombre que la ceguera, y su perspectiva le horripila más que la misma muerte. Por esto tiene para con el ciego toda clase de tolerancias y complacencias, aunque en algunos casos resulten injustas y aun contrarias a las propias apetencias del mismo ciego y a lo que debiera ser una acertada protección de éste; pero aun así, el mundo, impresionado por la ceguera, ha tratado por medios más o menos acertados y cumplidos de educar y de redimir socialmente a los ciegos.

En cambio, el ambliope apenas ha logrado atraer sobre sí la mirada del mundo, ni mucho menos la acción educativa y protectora que como ser humano precisa para el cumplimiento de sus fines.

He aquí por qué la realidad ambiental no es para el ambliope mucho mejor que para el ciego, sobre todo cuando de las relaciones humanas se trata y con ellas de la educación, de la vida profesional y de la consideración social, no obstante procurarle su vista medios de educación y de movimiento en el mundo muy superiores a los que posee el ciego. Por esto, el problema que plantea la vida de los ambliopes es fundamentalmente problema de educación en todos los órdenes, una educación que cultive sus valores humanos y los disponga para su adecuado empleo en el vivir común; una educación amplia racionalmente orientada hasta dejarlo plenamente integrado en la colectividad como un hombre más, dispuesto a vivir plenamente en ella y a producir para sí y para los demás en la mayor cuantía que sus facultades le permitan; educación general básica y formación profesional que constituyen una necesidad imperiosa para estos educandos al par que un programa pedagógico que los pueblos tienen que desarrollar con urgencia.

DIRECTRICES EDUCATIVAS DEL AMBLOPE.

La educación del ambliope tiene, como la de todos los deficientes sensoriales, dos directrices fundamentales; una general de educación básica fundamental; otra específica de formación profesional estrechamente ligada a la primera.

En la educación fundamental hay que atender a dos aspectos; uno a la economía de la vista y a sus cuidados profilácticos e higiénicos mediante una pe-

dagogía adecuada; otro de educación e instrucción propiamente dicho mediante formas metodológicas adecuadas. Del mismo modo, en la educación y formación profesional hay también que atender a dos aspectos; uno es la propia formación del individuo tras una acertada orientación profesional; el otro tenderá a procurar su introducción en la vida social para el ejercicio de la profesión adquirida, ya que de nada valdría el procurarle una profesión si después se le dejara en el abandono y a merced de los prejuicios sociales resistentes a admitir su trabajo. Veamos las características de cada una de estas directrices:

a) *Economía de la vista.*

Como hemos dicho más arriba, la vista del ambliope hay que cuidarla mucho y administrarla bien, tanto para que no se deteriore como para recuperarla en cuanto esto sea posible. Es una vulgar medida higiénica y de economía que debe presidir en todo momento la educación del ambliope. Para ello se procura que el empleo de la vista lo haga siempre sin esfuerzo alguno, incluso sustituyéndola por otros sentidos como el oído y el tacto. El empleo de libros con grandes caracteres; el escribir con trazo grueso, el uso de grandes lupas para la lectura, una iluminación adecuada a cada caso, son, entre otros, los procedimientos especiales en la educación de estos niños.

Al mismo tiempo, la instrucción debe de hacerse por la doble vía óptica y táctil; esta última por la misma metodología que se emplea para los ciegos, incluso la lectura y escritura por el sistema de puntos en relieve llamado de "Braille", nombre de su autor. En suma, la educación y la instrucción del ambliope tienen una doble vía ordinaria ambas paralelas y simultáneas; la de vidente (debidamente acondicionada) y la de ciego, esta última tanto por razón de economía de la visión como en previsión de un probable agravamiento de la deficiencia óptica.

b) *Educación e instrucción fundamental.*

En el aspecto meramente educativo, el ambliope requiere atenciones muy semejantes a las de los videntes normales, pero participa también de la de los ciegos, sobre todo la educación física y la de la mano para el hacer y el tocar. Siendo el tacto una de las vías que habrán de emplearse en su instrucción, resulta indispensable su educación para el percibir con la mayor precisión, así como para el hacer educativo.

Junto a esta atención especial, la educación y la instrucción general del ambliope ha de estar hecha en todas las direcciones (intelectual, moral, social, religiosa, etc.), siguiendo para ello los cuestionarios normales sin merma alguna. La formación y la cultura que de este modo puede adquirir el ambliope es muy elevada, pudiendo llegar a la universitaria cuando la deficiencia no se acompaña de defectos mentales. Un ambliope que adquiera así los elementos de la cultura primaria es un hombre redimido espiritualmente y socialmente, estando dispuesto a emprender el camino de la vida como cualquier hombre.

Por esto, la aspiración de la escuela primaria especial para los ambliopes es la de dotarles de los elementos básicos de la cultura y la de operar en los alumnos una educación formativa de su inteligencia, de su carácter, de su personalidad y, en general, de sus sentimientos en todas las direcciones del espíritu humano.

c) *Orientación profesional.*

El campo laboral ofrece para los ambliopes muy extensos horizontes en todos los sectores de las actividades humanas, por lo que si ya para los ciegos existen posibilidades de ocupación amplias y suficientes para todos los de un país por numerosos que éstos sean, para los ambliopes el horizonte se extiende considerablemente merced a los restos de visión que poseen, con garantía de un rendimiento eficiente.

Hasta hoy, el ambloipe, carente casi por completo de cultura primaria fundamental, y en consecuencia de otra más elevada, se ha visto obligado a aceptar puestos de trabajo subalternos y de extremada simplicidad, todos ellos secundarios en el ambiente profesional y de escasa estimación y remuneración. Responsable de esta subestimación ha sido la gratuita y universal creencia en la indispensable necesidad del empleo de la vista en cualquier ocupación profesional. Hoy, con un estudio más racional de los valores humanos y de las exigencias de las profesiones, el campo laboral para los deficientes ópticos se ha ampliado notablemente al confirmarse que la vista no es absolutamente indispensable en muchas ocupaciones y sobre todo para los ambliopes, en los que basta una visión poco aguda para que el trabajo quede plenamente cumplido o para que el trabajador pueda protegerse por sí mismo contra los peligros ordinarios que el desempeño de muchas profesiones pudiera suponer, y sobre todo, porque la vista permite al ambloipe el desplazamiento de lugar que al ciego le está dificultado.

La formación profesional propiamente dicha, sea cual sea la dirección que se siga, constituye en estos deficientes una prolongación de la vida escolar, pero íntimamente relacionada con ésta, si bien con un carácter específico, tanto en el orden metodológico como en el ambiental. La orientación y la formación profesionales del ambloipe tienen que comenzar ya en la escuela primaria racionalmente dirigida, como se hace con la de los ciegos; y como en la de éstos, constituye un apartado importante en la educación de estos deficientes.

Para realizar con acierto esta labor, el educador de ambliopes habrá de tener una visión exacta del panorama que se ofrece al ambloipe a su salida de la escuela, para dotarle del bagaje intelectual, moral y profesional indispensable a su vida de relación con los demás hombres. Porque no se olvide que estos sujetos, por su deficiencia física, difícilmente son admitidos en las escuelas profesionales ordinarias, por lo cual nuestras escuelas habrán de extender sus radio de acción más allá de la enseñanza primaria, con la orientación profesional y con la formación técnica, o cuando menos con una iniciación bastante avanzada. Es más, la escuela tiene que estar en cierto

modo ligada a la vida industrial de un país, porque de poco o nada valdría el que preparásemos cumplidamente a nuestros alumnos en una profesión para abandonarlos después a una suerte insegura entre quienes disponen de la plenitud de las facultades humanas, pues si ya para los videntes la lucha es grande, y los puestos de trabajo escasos, el deficiente, por su inferioridad, se habrá de encontrar siempre en desventaja.

d) *La aquiescencia social.*

Hemos de reconocer sinceramente que, pese a todas nuestras afirmaciones sobre la capacidad profesional de los ambliopes, existe una gran barrera que vencer para su plena integración en el mundo del trabajo y para que su servicio sea aceptado con la plenitud con que se acepta el del vidente normal. Las razones, como hemos dicho, son numerosas, desde la tradicional creencia en la indispensable necesidad de la vista para toda actividad, hasta la superabundancia de la mano de obra que lleva a las empresas a elegir a los superdotados con evidente despreocupación por la suerte de los deficientes. En este caso se hace necesaria una acción protectora del Estado y de la sociedad en general.

Esta protección social reclama el concurso de varias personas, pero de entre todas, la intervención del maestro es de importancia capital, porque lo mismo en la vida del trabajo que en cualquier otro aspecto de la vida ciudadana, el maestro habrá de ser el guía que con su cultura, su talento y sus virtudes vaya introduciendo con prudencia a nuestro alumno por los intrincados caminos de las relaciones sociales. Esta intervención es tanto más necesaria cuanto mayor es la timidez con que la mayoría de nuestros alumnos se lanzan al tráfigo social y mayor la reserva con que suelen ser acogidos por quienes más atentos a sus naturales egoísmos que al reconocimiento de los verdaderos valores de nuestros educandos encuentran más cómodo desentenderse de este problema de profundo valor humano y de justicia social. Esta gratuita prevención y esta desatención social pueden ser combatidas por medio de una activa propaganda inteligentemente realizada que tienda a poner de relieve los verdaderos valores que pueden coexistir con la deficiencia óptica.

Ahora bien, tan lícita y justa aspiración, indispensable y vital para nuestros alumnos, no puede reclamarse de gracia, ya que el puesto en la sociedad lo dan los propios valores personales. Por esto, si educamos a nuestros alumnos cumplidamente en los diversos aspectos y los capacitamos debidamente en una profesión compatible con su deficiencia hasta conseguir que la desempeñen con plenitud de dominio, mostraremos al mundo estos auténticos valores, y con ello desaparecerán todos los recelos que hasta hoy han dificultado su admisión en la vida social en paridad de trato con los demás hombres. Por fortuna son muchas y muy variadas las ocupaciones profesionales que, dada la extrema división del trabajo, pueden ocupar a nuestros alumnos, profesiones que exigen escaso empleo de la vista, encontrándolas lo mismo entre las manuales más o menos complicadas que

entre las carreras liberales, y nosotros podemos afirmarlo y aun confirmarlo con hechos fehacientes abundantísimos dentro de nuestro propio país donde, si gracias a una educación y orientación cuidadas los ciegos ya han traspasado los umbrales de la Universidad, y han invadido el campo de las letras, de las artes y de la ciencia con resultados muy satisfactorios, con mayor éxito lo conseguiremos para quienes disponen de vista aunque ésta sea limitada.

EL EDUCADOR.

Por último, conocido el carácter de la educación de estos deficientes, vengamos a señalar las cualidades particulares que debe reunir la persona que haya de realizarla, porque en esta educación el maestro juega un importantísimo papel, casi el fundamental, ya que ha de ser él quien con su inteligencia, su actividad y sus virtudes lleve a cabo esta ingente y delicada labor.

Además de la formación propiamente pedagógica especial y de una vocación de entrega a esta educación, es preciso que el educador de ambliopes posea una amplia visión del problema moral y social de sus alumnos, para que en todo momento pueda ser su guía y su protector. Quien no crea en la posibilidad de hacer de su alumno un hombre dispuesto para el cumplimiento de sus fines terrenales en orden a los sagrados valores de que es portador; quien por la sola razón de su deficiencia sensorial no le crea capaz de adquirir una cultura y un desarrollo suficientes para desempeñar una actividad útil a sí y a la sociedad, ni para alcanzar por sus méritos un puesto en ella, en el que pueda servir a Dios y a su patria no será un buen educador de ambliopes, porque con esta duda o negativa pone ya a esta educación un límite "a priori" que anula toda esperanza de redención, abandonando al alumno en su miseria y dejándolo en un estado de inerte escepticismo del que difícilmente podrá sacarle otra persona.

El maestro de ambliopes ha de sentir la desgracia de su alumno como un padre la de su hijo, porque como a un hijo ha de tomarle en todo momento, y ha de esforzarse en redimirlo con el mismo empeño que lo haría con su propio hijo, sintiendo y anhelando con él en una aspiración paternal que, impregnada toda ella de caridad, será el arma más poderosa de que podrá servirse en su labor y la mejor fuente de inspiración en sus decisiones y recursos. Para conseguirlo, la caridad habrá de ser la virtud por excelencia que el maestro habrá de poseer. Esta es una obra de amor y de entrega plena que solamente las almas generosas colocadas por encima de las terrenales miserias

pueden realizar sin desmayo. Por esto harán bien en tomar otra profesión quienes no sean capaces de sacrificio alguno en favor de los alumnos cuya educación se les confía y venir a ella sólo quienes en un renunciamiento a más lucrativas ocupaciones se sientan unidos en un abrazo paternal con aquellos que sean colocados bajo su protección y guía.

CONCLUSIÓN.

Por cuanto hemos dicho hemos visto que existe en España un gran número de niños deficientes de la vista que no reciben educación alguna no obstante ofrecer en sí grandes posibilidades educativas y suficiente capacidad para su integración en la vida social mediante el ejercicio de una profesión suficientemente remuneradora para sí y provechosa para la comunidad. Hemos visto igualmente cuáles son los rasgos característicos de esta educación y las posibilidades de recuperación en su doble sentido individual y colectivo, así como los obstáculos que la realidad ofrece para llevar a término la solución de este problema de caridad y de justicia social. Tales obstáculos no son ciertamente invencibles; antes al contrario, su vencimiento se ofrece con perspectivas alentadoras en unos tiempos en que la Humanidad parece volver los ojos hacia los deficientes de todo orden buscando para ellos medios de recuperación individual y social. Una nueva aurora ilumina, pues, este horizonte con muy alentadoras promesas en las que podemos ciertamente confiar, porque con una educación amplia y completa y una acertada orientación y formación profesionales podemos preparar para nuestros alumnos un futuro que no habrá de traerles otras inquietudes que aquellas que inevitablemente se ciernen sobre todos los hombres.

Es preciso, pues, que la educación de los ambliopes, relegada hasta hoy a lugar postrero, si no al total abandono social, pase a ocupar la atención de los hombres como un problema de urgente solución, a fin de que el porvenir se ofrezca para ellos risueño y prometedor, y yo me permito reclamar para resolverlo la colaboración de todos los educadores y de cuantos con su autoridad y su poder puedan contribuir a ello, a fin de que en la comunidad profesional en que nos unen los sagrados lazos de nuestro Magisterio podamos procurar a estos hermanos nuestros la redención física, espiritual y social que en caridad y en justicia merecen.

JOSÉ PLATA.
Sicotécnico del Colegio
Nacional de Ciegos.